

VOCES ACADÉMICAS

SESENTA AÑOS DE VIDA ACADÉMICA

En la actualidad nuestro país atraviesa una profunda crisis, en medio de la que es difícil mantener el optimismo. En esta circunstancia, celebrar los 60 años de la creación a mediados del siglo pasado de la Ciudad Universitaria, la que está estrechamente vinculada con el surgimiento de las instituciones mexicanas contemporáneas de ciencia e investigación es, sin duda, refrescante.

Para nuestro país, la primera parte del siglo XX fue un periodo turbulento, pero a partir de la cuarta década (los "30") México se llenó de optimismo, pues vivió una época de vigorosa transformación y modernización. La Ciudad Universitaria constituye un logro extraordinario del nacionalismo que animó ese periodo. Marcó un hito en el desarrollo de la cultura, la ciencia y la innovación en México; fortaleció nuestra capacidad para participar en el progreso de la humanidad y representó una afirmación profunda de nuestra nacionalidad. Esto nadie lo sabe mejor que nosotros mismos, los universitarios, que hemos tenido por hábitat a esta magna obra y hemos sido sus beneficiarios más directos.

Un acontecimiento particularmente significativo en la transformación de México, fue el movimiento intelectual en que participaron Sotero Prieto, Manuel Sandoval Vallarta y Alfonso Nápoles Gándara, entre otros, y posteriormente en forma muy destacada Alberto Barajas, Nabor Carrillo y Carlos Graef—a quienes, por cierto, Sotero Prieto consideraba "los cerebros más brillantes de México" [C. Prieto, 2012]—, el que modernizó la enseñanza e inició la investigación de la física y las matemáticas en nuestro país. A ese grupo, y a Ricardo Monges López, debemos la creación de la Facultad de Ciencias en 1939, y de los institutos de Física y Matemáticas poco después, entidades académicas que durante un buen número de años y hasta la inauguración de Ciudad Universitaria trabajaron en el Palacio de Minería en condiciones sumamente precarias. La creación de la CU, símbolo del México moderno, representa la integración de la vanguardia de la intelectualidad a la naciente modernidad mexicana.

Para mí, en lo personal, la iniciación de actividades de la Ciudad Universitaria tuvo una significación enorme. Encontrar mi camino en la vida no fue una tarea fácil; aunque descubrí bastante temprano que tenía talento con orientación claramente matemática, me tomó mucho tiempo incorporar esta potencialidad de manera constructiva en mi proyecto de vida. Después de algunas vicisitudes, llegué a la entonces Escuela Nacional de Ciencias Químicas en 1949 y posteriormente, en 1953, me asomé al Palacio de Minería, donde estaba la Facultad de Ciencias. Sin embargo, ese histórico lugar ya estaba saturado, por lo que unos días después de mi llegada, por falta de cupo, la Facultad se cambió a la Ciudad Universitaria. Debido a ello, ese año la carrera de Físico, en sus dos versiones: Teórico y Experimental, así como la de Matemático y la de Actuario fueron las únicas que se impartieron en CU, y el puñado de estudiantes que las

integrábamos tuvimos el privilegio de tener todo aquel año las enormes y bellísimas instalaciones de la Ciudad Universitaria para nuestro uso exclusivo.

La Facultad de Ciencias, en los 50, era un lugar extraordinario. Nuestros profesores eran gente doctorada en universidades de primer nivel mundial: Princeton, Harvard, etc. Ellos manejaban con soltura el pensamiento matemático, y el de la Física, contemporáneo. El ambiente era platónico, de verdadero amor a la ciencia. Por primera vez se nos daba la oportunidad de hacer investigación científica aquí mismo en México, sin necesidad de emigrar, y todo mundo quería aprovecharla. Era, desde cierto punto de vista, la afirmación de un derecho humano: dar a los ciudadanos de un país tercermundista como México, la oportunidad de desarrollar ciencia.

¿Y qué se nos enseñaba? Una nueva forma de pensar; la misma que ha transformado al mundo en estos últimos 60 años. Los métodos que permiten usar el pensamiento racional en forma sistemática, en los que descansan la ciencia y la tecnología contemporáneas. Esa forma de pensar aplicada a las necesidades del quehacer humano ha transformado al mundo y ha dado lugar al mundo en que vivimos hoy, 60 años después. Por ello, la inauguración entonces de la Ciudad Universitaria representó una oportunidad extraordinaria para nuestro país, pues alcanzamos la frontera internacional del conocimiento justo en el momento en que la comunidad internacional daba un impulso definitivo a la aplicación generalizada de la ciencia y la investigación a la solución de los problemas, y a la satisfacción de los deseos de los humanos.

Simultáneamente, en paralelo, con el movimiento intelectual que condujo a la creación de la Facultad de Ciencias, hubo otro más apegado a las necesidades materiales de aquella época liderado por una pléyade de brillantes ingenieros entre cuyas figuras más conspicuas destacan Bernardo Quintana, Nabor Carrillo, Javier Barros Sierra, Fernando Espinosa y Fernando Hiriart. La modernización del país requería de la construcción de infraestructura, urbana y no urbana. En ellas intervinieron esos ingenieros mexicanos, jóvenes entonces, que tuvieron la visión de reconocer la necesidad de realizar investigación para mantenerse en la frontera de la tecnología mundial y, con ese objetivo, se propusieron crear un instituto de investigación, pero no fue hasta que la Ciudad Universitaria inició sus actividades que pudieron concretar su propósito. En 1956, siendo director de la Facultad de Ingeniería Javier Barros Sierra, aprovechando las instalaciones de la nueva Ciudad Universitaria se crea el Instituto de Ingeniería, como una División de la Facultad: la División de Investigación.

Ismael Herrera Revilla

Investigador Emérito del Instituto de Geofísica.